



589540

CONVERSACIONES con Carlos Olivárez

guillermo tejeda

Hace unos diez o doce años, cuando recién ya había regresado a Chile, me encontré con el Mono Olivárez en una librería de Providencia. Caía la noche, y él, que presentaba su libro 'Los veteranos del 70' se veía desenmascarado y sin muchas ganas de hablar, enfundado en un traje completo, con corbata, un cigarrillo en la mano y ademanes letones. Un mes más tarde nos encontramos a media tarde en el Café del Biógrafo. Entonces el desenmascarado era yo: la vuelta a Chile me estaba rompiendo el alma, ya mi podía con esta ciudad gris y despedazada, y estaba pensando con desesperación en un regreso a Barcelona. Entonces, ante mi sorpresa, noté que el Mono, que se había sentado frente a una Coca Cola, me estaba escuchando. Parecía tener para mí todo el tiempo del mundo. Por primera vez desde que estaba otra vez en Santiago me encontré con alguien dispuesto a oír. La conversación es un arte antiguo, y el Mono lo dominaba como pocos. Conversar de verdad requiere transparencia, entrega, y también egilidad. Hablar y escuchar son auténticos lujo en la vida de hoy, en medio del zapping provisional y apurado de frases y miradas en que nos movemos. El Mono se permitía estos lujo, y a partir de su paciencia y su mirada infinita el mundo podía fácilmente transformarse.

Nada tiene que ver el viejo arte español y mapuche de la conversación con los interrogatorios policiales a que ha sometido durante años a sus entrevistados la espléndida doña Raquel Correa. Tampoco es propia de la conversación la banalidad intolerable de tantos otros conversadores televisivos, ni es aquel intercambio formal de palabras en donde lo que se responde debe estar encapsulado para que nadie se alance. La conversación chilena, la tradicional, requiere tiempo, se desarrolla como una capisí, ataca con ingenio sorpresivo y puede disolverse como lluvia fina en cualquier instante. Diríase que en la conversación las personas y las palabras llegan a encumbrar su orden natural. La conversación no resiste la mentira ni la insistencia, y no se atiende con el desacuerdo. Y conversamos, entonces, intermitentemente y durante años con el Mono, veces ante la mesa de melamina de alguna frenete de soda olvidada, otras en la castigada sede en donde funcionaba el diario 'La Epoca', o bien portéfono, provocando por cierto la desazón de nuestros respectivos familiares por lo infinito que aquello podía llegar a durar. Relicente ante la historia y entusiasta de la leyenda, Carlos Olivárez fue muchas cosas: escritor, animador nocturno en sus correrías juveniles, temaz guerrero literario, seguidor de Mailer, Kerouac y Scott Fitzgerald, amigo de Jorge Teillier, instructor, surrealista, esposo, padre de sus hijos, cazador solitario. Pero para mí fue, sobre todo, uno de los últimos representantes de la tradición oral chilena. Su arte se iba haciendo a partir de las cosas cotidianas y se aterrizaba a través del afecto. Quienes conversamos con él tuvimos el privilegio de recibir esa especial fosforescencia del lenguaje calzando provisionalmente con la realidad. Hoy ya no tengo su conversación, y me hace falta. Quizá me voy a acostumbrar a su silencio, como se acostumbra uno a todo lo que muere. Pero no voy a olvidar la luminosidad de Carlos Olivárez, su intransferible sello personal, aquél que sólo tienen los espíritus libres.

Rocinrank N° 8 Mayo, junio de 1999 pág. 22.

Conversaciones con Carlos Olivárez [artículo] Guillermo Tejeda

Libros y documentos

AUTORÍA

Tejeda, Guillermo, 1947-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Conversaciones con Carlos Olivárez [artículo] Guillermo Tejeda

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)